

Antígona en la Universidad

Patricia Suárez



A través de la innovadora puesta en escena del peruano José Watanabe, la historia clásica de Sófocles, *Antígona*, toma un rumbo distinto en el teatro universitario. Por medio de imágenes escénicas, la dirección de Miguel Ángel Rivera ofrece posibles lecturas variopintas del mito que interpelan al espectador de distintas maneras. Esta nueva propuesta da la espalda a la representación tradicional y lineal para trascender el nivel propiamente intelectual y mover los sentimientos profundos del ser humano. Se cumplen, además, los objetivos de conmoción mediante la denuncia del abuso de poder y de celebración a través del respeto a la dignidad humana. En la siguiente entrevista, el director de la obra explica su trabajo.

¿De dónde surge la inquietud para concretar el proyecto de Antígona?

Durante estos últimos años me ha interesado el teatro mucho más como una experiencia humana que como la representación dramática de un texto y como el punto de reunión de un grupo de creadores. El grupo, junto con el dramaturgo, tiene la posibilidad de proponer una experiencia estética por medio de la cual el espectador establezca con ellos un diálogo activo, sensible, pensante e imaginativo. *Antígona* es una meta más en este camino.

Por lo general, se piensa que la función del director escénico es *traducir* la propuesta del dramaturgo. Yo convoqué a un conjunto de creadores de diversas generaciones para reflexionar con ellos a través de la acción, pues el teatro es pensamiento en acción. Por un lado, durante varios meses, trabajamos en un taller de investigación sobre los propios actores y los recursos escénicos a partir de juegos, improvisaciones y un conjunto de dinámicas escénicas propuestas por mí y por el elenco. Por otro lado, exploramos los materiales, las relaciones corporales y de imágenes, manteniendo siempre un diálogo con el texto. Así estructuré el espectáculo de una manera distinta a la de la tragedia griega académica.

Mi punto teatral de partida, antagónico, surge de la experiencia peruana de la violencia; sin embargo, tal vez por la cercanía que siento con el texto y por el dolor que me hace recordar, me siento imposibilitado para comunicar los referentes agresivos que el texto me despierta. Entonces, con el texto y una serie de dinámicas escénicas provoqué a los actores para que establecieran vínculos personales en torno a él. Como individuos, o como colectividad, tenemos situaciones pendientes que resolver; por ejemplo, reconocer que en varias etapas de nuestra vida hemos experimentado la muerte de noso-

tros mismos. Cada uno, como Antígona, tiene muertos físicos, emocionales o sociales que enterrar. Estas situaciones son las que quiero evidenciar para que el espectador se cuestione a sí mismo.

¿Cómo apareció la idea de montar esta versión peruana de Antígona en México?

Yo soy de origen peruano y me considero un migrante, lo que puede considerarse una desdicha o una fortuna. Vivo mi condición y trato de disfrutarla como si fuese una riqueza. Obtuve mi formación básica en Perú y profesional en México. José Watanabe es uno de los poetas contemporáneos más importantes de la lengua española y como tal me interesé mucho en su obra antes de que escribiera su versión de *Antígona*. Aunque he dedicado ya más de diez años a mi vida profesional en México, rodeado de creadores mexicanos, procuro mantenerme informado acerca de los acontecimientos que ocurren en mi país.

¿Qué elementos escénicos y dramáticos confluyen en la puesta en escena?

El texto me parece excepcional y creo que es un modelo de dramaturgia contemporánea. Posee dos valores fundamentales: uno, la transparencia narrativa, pues es un texto que comunica la historia de manera

sencilla, casi como lo hace un cuento; y dos, su dimensión poética. Las traducciones de los clásicos que han llegado a nosotros enfatizan el aspecto académico o filológico de las obras por lo que resultan un poco pesadas y con cierta dificultad para expresarlas en el escenario; su lenguaje ha sido desprovisto de las dimensiones lírica y estética que Watanabe recupera en el idioma español. Con este texto es redundante ilustrar lo que narra; por ejemplo, no considero adecuado que aparezca Antígona amarrada en medio de cinco guardias cuando se dice: “Ésa que ven rodeada en el círculo de guardias es en verdad la única princesa de esta tierra”.

Me planteo una dramaturgia escénica paralela, alterna; desarrollo con mi equipo de actores un conjunto de imágenes, de progresiones rítmicas, de atmósferas emotivas, es decir, de elementos puramente escénicos. Deseo que lo que está ocurriendo en el escenario sea capaz de estimular la imaginación del espectador en cuanto a asociaciones y a posibilidades de lectura. Para lograrlo necesitaba de actores de amplio criterio que estuvieran abiertos a este tipo de juego. A partir de entonces pensé en conformar mi grupo, Teatro del Mar, e incorporar en él a actores cuya trayectoria había seguido de cerca y que me parecía tenían el entrenamiento, la modernidad y la amplitud escénica que el proyecto requería. Invité, entonces, a Clarisa Malheiros, Gerardo Trejoluna, Guillermina Campuzano y Gabino Rodríguez. Ellos asumieron a *Antígona* en una ola de trabajo de diez horas diarias durante más de seis meses.

¿Cuáles son los temas más importantes que comunica Antígona?

Una de las posibles lecturas temáticas de la obra que ha llegado a la cultura occidental es el debate entre el derecho terrenal y las obligaciones que los seres humanos tenemos con el cosmos; entendido éste como el orden divino, la armonía con la naturaleza, el hombre como parte de la creación. Creonte representa el razonamiento del Estado: si alguien traiciona a la patria, debe ser ejemplarmente castigado. En *Antígona* hay otro tipo de razonamiento, por ejemplo en la parte donde se lee: “Sí, vivos somos enemigos, pero muertos somos seres humanos”. Estas palabras significan que

solamente a causa de nuestra condición humana nos vemos obligados a cumplir con las normas de la tradición; es el caso de las exequias. El actuar de Creonte detona en Antígona su amor fraterno, símbolo del amor al prójimo. El texto dice: “Hermano mío, pero muerto de todos”. Aquí la dimensión humana entra en conflicto con el poder; lo desenmascara y evidencia en su exceso y en su incapacidad para ponerse en contacto con una dimensión ética. La facultad del ser humano para reconocer y aceptar al otro, al diferente (indígena, musulmán, homosexual) redundará indiscutiblemente en una reflexión útil para el ámbito cultural, pero sobre todo para el ético.

Los creadores escénicos debemos alzar la voz para reflexionar sobre lo que nos duele y lastima y compartirlo con el espectador por medio de los recursos teatrales con que contamos. No se trata de producir obras moralizantes, sino de ofrecer diversos acercamientos a una obra en especial para propiciar el diálogo con el espectador a partir de la nueva propuesta.

¿Cuál es tu opinión, como director, acerca de las propuestas del teatro mexicano universitario?

La UNAM es uno de los pocos espacios en México donde se puede producir teatro de alto nivel con óptimos parámetros estéticos. Sin embargo, no se puede esperar una respuesta positiva e inmediata del público cuando en este espacio se presentan obras de arte que no se ajustan a los cánones tradicionales. Es precisamente obligación de los universitarios compartir propuestas que no produce el mercado teatral común y

brindar un espacio donde las ideas de toda índole estén en continuo debate para interesar a todo tipo de gente.

El público, y sobre todo los jóvenes de la Universidad, han comenzado a mostrarse receptivos a *Antígona*. Así hemos abierto la posibilidad de que el teatro universitario recupere su identidad. No hay una relación directa entre puesta en escena y narración textual. Los personajes se van desdoblado en cuatro presencias humanas y no existe una narración lineal que corresponda a lo que sucede en el escenario. A diferencia de nuestros maestros quienes continúan preocupados por las unidades teatrales de tiempo y espacio, nosotros evitamos la edición lineal y emulamos las formas de percepción impuestas por la revolución digital que vivimos, pues los jóvenes actuales están acostumbrados a recibir bombardeos informativos de imágenes y de música.

Uno de los grandes placeres que el teatro le brinda al espectador es observar a los actores como seres humanos quienes noche a noche participan de un juego, dando todo de sí mismos. Los actores intentan desafiar a la inteligencia, a la imaginación y a la percepción del público a través de su desempeño histriónico con el cual le comunican que lo perciben como un ser pensante y sensible; precisamente por ello los actores no pueden ofrecer un producto lleno de lugares comunes creado para las masas. **U**

Antígona Versión de José Watanabe, dirigida por Miguel Ángel Rivera, se presenta en el Teatro Juan Ruiz de Alarcón desde el 3 de febrero de 2006.



© Andrea López